

Reseña del libro de Arturo Huerta

Hacia el colapso de la economía mexicana

Jorge López Arévalo*

El autor analiza cómo las políticas de liberalización económica y de estabilización macroeconómica han fracasado como estrategia de crecimiento y nos han llevado a la crisis. Considera que la política monetaria restrictiva, la apreciación del tipo de cambio y la disciplina fiscal no generan condiciones de crecimiento del mercado interno, así como que el problema se agudiza porque el crecimiento hacia fuera no ha sido capaz de contrarrestar el bajo crecimiento generado. Estas políticas y la filtración de recursos al exterior explican por qué a pesar de la entrada de capitales y el *boom* petrolero la economía mexicana crece por debajo de la media de países de América Latina.

También ilustra cómo la política económica es procíclica y acentúa el proceso recesivo que se deriva del menor crecimiento del mercado interno, de las exportaciones, de las remesas recibidas y de la entrada de capitales. Ello da por resultado que no se cuente con condiciones productivas y financieras internas para sortear los embates de la crisis económica y financiera de Estados Unidos sobre la mexicana.

La crisis no es suficiente para cambiar la forma de pensar en torno a la necesidad de modificar el modelo económico que la genera. Es un problema en todo caso político que dependerá de la correlación de fuerzas que hagan viables otras posiciones teóricas y políticas.

El libro se divide en cuatro capítulos. En el primero se analiza la política monetaria y cambiaria predominante, así como el impacto que tiene sobre la situación financiera de las empresas, los individuos, el sector bancario y el externo, lo cual actúa en detrimento de la dinámica económica del país. En el segundo capítulo analiza la política de disciplina fiscal y el modo como ha acentuado el proceso de extranjerización de la economía, así como la dinámica de baja acumulación, de insolvencia y las presiones sobre el sector externo. En el tercer capítulo analiza la disfuncionalidad del sector bancario para hacer que la economía crezca, puesto que da prioridad a las acciones especulativas y desatiende el crédito a la esfera productiva, propiciando condiciones que lo llevan a su propia inestabilidad. Por último, en el cuarto capítulo analiza la fragilidad que aqueja al sector externo, al haber sido los flujos de capital y el *boom* petrolero los que financian el creciente déficit de comercio exterior no petrolero, lo cual induce a una situación de alta vulnerabilidad en el comportamiento de dichas variables, pues se pasa a depende de factores exógenos.

* Profesor de la Universidad Autónoma de Chiapas.

El libro tiene la virtud de que cada capítulo incluye propuestas alternativas de cómo encarar y superar los problemas que genera la política económica neoliberal.

Hay afirmaciones en el libro que deben llamar a la reflexión, pues muchas veces nos preguntamos acerca de la necesidad del gabinete económico por sacar adelante políticas pro-cíclicas como la que se acaba de aprobar en el congreso con la ley de ingresos. Para Arturo Huerta esa necesidad es estructural con el modelo neoliberal imperante, debido a que si la economía nacional no logra alcanzar altos niveles de productividad y un superavit de comercio exterior y en la cuenta corriente de la balanza de pagos para asegurar la estabilidad del tipo de cambio y una inflación baja, el gobierno se ve obligado a instrumentar políticas monetarias y fiscales restrictivas para evitar presiones sobre los precios, el sector externo y el tipo de cambio. Ahí encuentra la razón del por qué la baja inflación no se ha visto acompañada de mayor crecimiento de la producción y el empleo.

Otro de los muchos aspectos interesantes y novedosos del tema se refiere a los factores determinantes de la tasa de interés y del tipo de cambio nos dice el autor que se recurre a mantener altas las tasas de interés en términos relativos con el fin de enviar señales de que no se permitirán fuertes presiones sobre los precios y el tipo de cambio, así explica el porqué la tasa de interés de México es superior hasta en 300% o más con respecto a la de Estados Unidos y de ahí la tendencia a la apreciación del tipo de cambio. Apoyándose en Randal Wray señala que una economía monetaria es aquella en que la acumulación de dinero es la fuerza que conduce las decisiones económicas.

Por más que el sector productivo –dice Huerta– quisiera ver disminuidas las tasas de interés con la finalidad de desvalorizar su deuda, abaratar el financiamiento y la inversión, expandir el mercado interno, emprender el proceso productivo e incrementar la producción y sus ganancias, la política monetaria no responde a las exigencias del crecimiento económico, de la esfera productiva y del empleo, ni siquiera asegura el reembolso de la deuda para evitar problemas de restricción crediticia y fragilidad bancaria, sino que se determina en función de los objetivos de reducir la inflación y estabilizar el tipo de cambio.

Nos asegura que con tales políticas gana el sector financiero y se descapitalizan y sobreendeudan tanto el sector productivo como el gobierno, los cuales están obligados a transferir recursos al primero y ven disminuido su poder adquisitivo y, por consiguiente, su capacidad de consumo e inversión. Una política semejante actúa como mecanismo de distribución del ingreso. De ahí desprende el porqué en la economía nacional se observan bajos niveles de crecimiento económico y, por otro lado, altos niveles de ganancia en el mercado de capitales, así como en el sector bancario, y agrega que es un modelo económico con un sesgo que favorece a una fracción del

capital –el financiero– en contra del capital productivo. Más adelante señala, el sector financiero gana tanto por el alza de la tasa de interés como por la apreciación del tipo de cambio.

Nos dice que las economías subdesarrolladas, antes del proceso de liberalización financiera, tenían la opción de devaluar, a fin de disminuir las presiones sobre el sector externo y tener un margen para flexibilizar su política monetaria y fiscal a favor del crecimiento. En cambio, en un contexto de libre movilidad de capitales, no se puede tener un manejo flexible del tipo de cambio a favor de la competitividad y del ajuste de la balanza de comercio exterior, dadas las exigencias del capital financiero en cuanto estabilidad cambiaria. Al postergarse el ajuste del tipo de cambio persiste la baja competitividad y los efectos de descapitalización de la producción nacional e incremento del déficit del comercio exterior manufacturero, que obliga a seguir promoviendo la entrada de capitales y a mantener la política económica a favor de éstos, a cambio de desatender los reclamos de crecimiento económico y empleo.

Más adelante agrega, las exportaciones del sector manufacturero transnacional no se ve afectado por la apreciación del tipo de cambio, debido, por un lado, a que tienen un alto coeficiente importado, por lo que tal paridad reduce el costo de los insumos productivos, lo cual es funcional con la estrategia exportadora de éstas. De ahí que el crecimiento de las exportaciones de tales empresas no tenga un impacto positivo sobre la balanza de comercio exterior y la industria nacional. Por otro lado, tales empresas exportan sus productos a sus empresas matrices, por lo que estas transacciones se realizan en su propia moneda, es decir, en dólares, por lo que no les afecta la apreciación del peso; también porque parte de este comercio sólo lo es formalmente, pues se trata de comercio interfirma y funciona con precios no establecidos por el mercado sino con precios administrados por las mismas empresas transnacionales.

Huerta nos dice que para recuperar el crecimiento económico se requiere retomar el manejo soberano de la política económica, lo cual exige deslindarse de la política de estabilidad cambiaria reclamada por el sector financiero. Considera que con un tipo de cambio flexible se puede reducir la tasa de interés e incrementar el gasto público en beneficio del mercado interno, para mejorar los niveles de rentabilidad de la esfera productiva. Apoyándose en Wray dice: un país con una moneda soberana con un tipo de cambio flotante puede fijar la política de la tasa de interés a cualquier nivel deseado y puede tener un gasto público deficitario al nivel deseado sin preocuparse de su impacto en las propensiones de ahorro externo o preferencia de portafolio para financiarlo. Es decir, puede tener bajas tasas de interés y política fiscal

expansiva sin necesidad de recurrir al financiamiento externo a través de IED, de cartera o endeudamiento externo.

Considera que los principales problemas de la economía no son los de inflación e inestabilidad monetaria, sino los de una alta tasa de interés, la falta de competitividad y de créditos en beneficio de la esfera productiva, la escasa generación de empleo bien remunerado y los crecientes problemas de insolvencia. La producción está influenciada por el sistema monetario, dada la interrelación moneda-banca-financiamiento-inversión. El dinero es la pieza central de las decisiones económicas. En la tradición marxista y keynesiana, el proceso productivo empieza con dinero, en la perspectiva de obtener dinero incrementado al final del proceso. Apoyándose en Keynes nos dice “el crédito es el pavimento a través del cual la producción viaja”. Sin dinero suficiente se frena la dinámica económica y se recrudecen los niveles de insolvencia y del sistema bancario. El dinero es la clave del proceso de producción capitalista.

En síntesis nos dice que hay que disminuir los requerimientos de entrada de capitales y regularlos para evitar que disminuyan las reservas internacionales (o al menos no sean para el sector especulador), que el tipo de cambio se dispare y poder retomar el manejo soberano de la política económica que actúe a favor del crecimiento económico. Para reducir las necesidades de capitales la economía debe dejar de lado el objetivo de estabilidad nominal del tipo de cambio, encarar la baja productividad, los rezagos productivos, replantear la apertura comercial y el pago del servicio de la deuda externa, para disminuir las presiones sobre el déficit externo. Nos dice que la política fiscal al igual que la monetaria y cambiaria busca asegurar las condiciones de confianza y rentabilidad deseadas por el capital financiero para que fluya al país, y así poder financiar el déficit externo y estabilizar el tipo de cambio.

Más adelante agrega que la disciplina fiscal se encamina a restringir la demanda para disminuir las presiones sobre los precios, sobre el sector externo y el tipo de cambio. Por tanto se olvida del crecimiento económico y de la generación de empleo. Una cosa que me parece muy novedosa en el análisis es cuando señala que para preservar la estabilidad nominal del tipo de cambio, el gobierno se ve imposibilitado de trabajar con déficit público para reactivar el mercado interno y la actividad económica, no sólo por el hecho de que ellos resultaría inflacionario y desestabilizaría la moneda (lo cual no acontecería si ese gasto se destinara a incrementar la productividad y la producción), sino para no aumentar su participación en la economía y reducir la del sector privado, lo cual provocaría desconfianza de este sector que reaccionaría con prácticas especulativas para presionar al gobierno a rectificar su política económica.

Señala que en vez de trabajar con equilibrio fiscal para bajar la inflación, la política fiscal debe encaminarse a alcanzar objetivos de crecimiento

económico, pleno empleo y estabilidad. Un mayor gasto no genera inflación, ni aumento de la tasa de interés, ni mayor déficit del sector externo, ni devaluación, ni margina al sector privado de la disponibilidad de crédito, si asegura un alto efecto multiplicador interno del gasto público.

Huerta nos recrea en el análisis lo que sostenía Albert Hirschmann, cuando planteaba: “Quizá su enemigo más grande sea la ortodoxia (...) es verdad: el enemigo principal es precisamente la ortodoxia; repetir siempre la misma receta, la misma terapia, para curar tipos de enfermedades diferentes; no admitir la complejidad, desear reducirla a toda costa; mientras las cosas reales son un poco más complicadas”. Es lo que hace el gabinete económico de nuestro país, insistir en las mismas recetas, no importa que la economía este en recesión o en períodos de crecimiento, la dosis es la misma restricción monetaria y fiscal.

Muy diferente lo que hacen en otros países donde la prioridad es sostener los estímulos expansivos de la política monetaria y fiscal, para reforzar el ritmo de recuperación de la economía. Reforzar la expansión es la mejor receta en recesión, tanto para contribuir a que se reabsorba el déficit como para combatir el desempleo. Es un lugar común, desde la teoría keynesiana, que un mayor gasto público, bien elegido, estimula el crecimiento y puede reducir el déficit, en vez de agrandarlo. Por eso países como Estados Unidos (con un déficit previsto de 13.5%) y Reino Unido (con otro de 14.5%), a pesar de tener endeudamientos de 87 y de 75% –mucho mayores que México– no están paralizados por la ‘histeria del déficit’, como los neoliberales mexicanos.

Los incrementos de impuestos sólo están pensados como un problema de caja y serviría para reducir el déficit, pero afecta a las familias de la clase media y los pobres que tienen mayor propensión al consumo. Los equilibrios fiscales en México son una testarudez en momentos de recesión. El déficit debe ampliarse para sostener los estímulos a la demanda global y el empleo, con su consecuente efecto multiplicador: como lo señala Arturo Huerta.

El libro es muy útil para entender la dinámica de la economía mexicana en 27 años de neoliberalismo con un crecimiento económico mediocre –que ha sido reconocido hasta por Guillermo Ortiz– y que es excesivamente vulnerable a las variables externas. Además, es interesante como a partir de la explicación de Huerta se puede derivar que el modelo está estructuralmente imposibilitado a realizar los cambios necesarios que exigen flexibilizar la política fiscal y monetaria, siendo el único beneficiario del modelo el sector financiero. Por eso enfatiza que la crisis no es suficiente para cambiar el modelo económico que la genera y que se requiere de un movimiento que genere otra correlación de fuerzas para hacer viable otro modelo que ponga el acento en el crecimiento económico y en el empleo y favorezca al sector productivo.